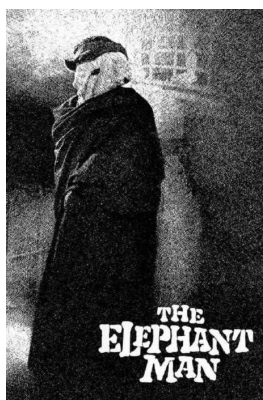


John Merrick, el monstruo, el otro que no deja de ser observado

Por Ricardo Cartas Figueroa

(Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)

El hombre elefante (1980)
Dirección: David Lynch



El *hombre elefante* (1980), el primer film de David Lynch fue un momento importante para la cinematografía, ya que se comenzaba a poner sobre la mesa cuestionamientos morales y éticos que los cineastas del futuro contemplarían en sus proyectos creativos. Además, es importante subrayar que Lynch logra un estilo que lo distinguiría en el resto de su carrera:

Prueba de ello es el diseño de su personaje central, un hombre deforme por un extraño padecimiento, pero refinado e inteligente que, pese a su aspecto desagradable, logra atraerse la simpatía y admiración de la alta sociedad londinense de la época que el filme retrata. (Arriaga 283)

En el contexto de una sociedad del siglo XIX en proceso de industrialización, los aspectos morales, sociales y estéticos comienzan a reorientarse a partir de las necesidades del proyecto económico y político de la época. Es decir, buscar desde cualquier ámbito el enriquecimiento a partir de la explotación hacia los otros. Sin embargo, también se convive con los

valores morales del siglo XIX tradicional. Tiempo de penumbras que Lynch capta en blanco y negro quizá como una metáfora de la oscuridad que se vivía por aquellos años.

La atmósfera de la película es muy clara en relación con los espacios donde viven y laboran los obreros, siempre vinculados con vicios, ignorancia, pobreza. Los corredores se observan oscuros, húmedos, al margen de la luz del progreso que se extendía por las calles principales de Londres. En ese margen, el Dr. Frederick Treves, guiado por su curiosidad de hombre de ciencia, se encuentra con una especie de carpa de *freaks* en donde la principal atracción era el hombre elefante. El espectáculo llegó a ser tan repulsivo entre los asistentes que tiene que ser censurado por la policía. Si bien se observa permisiva ante este tipo de actividades, la moral los obliga a imponer límites al morbo de los pobres.

La exhibición de las malformaciones humanas como un espectáculo durante mucho tiempo fueron actividades “cotidianas”, normalizadas en diversos contextos históricos; sin embargo, en el que está enmarcado el film, resulta altamente significativo porque subraya su carácter de explotados. Nadie se salva en una sociedad industrial, todo en absoluto debe de ser materia de ganancia económica, hasta los que en teoría son incapaces de vender su fuerza de trabajo como los niños y las personas que por alguna razón tienen ciertas incapacidades físicas como el hombre elefante. Sin embargo, la explotación no es lo que indigna al Dr., sino la violencia que ejerce el amo hacia el hombre elefante.

Imagen 1. Fotograma de la película



Fuente: FilmAffinity

- **John Merrick, el otro, el monstruo que no deja de ser observado**

El Dr. Treves es un hombre de ciencia, ilustrado y desde el primer momento entiende que el caso podría ser muy importante para el universo de la ciencia. Un estudio de caso que lo pondría en una posición de prestigio. La propuesta de Lynch es contundente cuando exhibe de forma similar al hombre elefante como lo hacía su amo en la carpa *freak*. Ahora los que observaban con el mismo morbo no son los obreros y borrachos de los márgenes de Londres sino los científicos que lucen anonadados ante el caso de John Merrick. La diferencia es que dentro de esta forma de exhibición no existe la falla moral que se plantea en el mundo de los pobres. Aquí es morbo que tiene el permiso de la ciencia que permite todo tipo de licencias éticas y morales en beneficio del desarrollo científico.

El saber médico no libera al personaje, por lo contrario, lo induce al encierro de una de las instituciones normalizadoras más emblemáticas: el hospital. La llegada al hospital del protagonista en primera instancia es una acción de protección ante las golpizas que le daba su amo en cada borrachera. En un principio, el Dr. quiere mantener en secreto la estancia de Merrick en el hospital; pero como bien lo advierte el director: los hospitales no son lugares para guardar secretos. Aunque el protagonista está en una habitación exclusiva, su presencia no pasa por desapercibida por el personal del hospital, provocando pánico y morbo.

Si bien, el hospital es una zona de resguardo, de recuperación, también lo es de extrema vigilancia. Lo extraordinario de la historia es que dentro del hospital se da la transformación del protagonista. Pasa de ser el hombre elefante que se exhibía en las carpas de *freaks* al refinado John Merieck capaz de comunicarse como cualquier persona, pero además de una sensibilidad y memoria extraordinaria. El ascenso de Merieck es muy interesante, ya que se da a partir de que el protagonista cumple con los elementos y categorías morales que la clase alta impone para tener un “valor” dentro de la sociedad de la época.

En otro aspecto, el cuarto de hospital se convierte en un cómodo departamento en donde recibe visitas de grandes personajes como la Sra. Kendel, reconocida actriz que logró seguir el caso de Merieck gracias a que se convirtió en un caso mediático. La fama del protagonista lo lleva a tener un posicionamiento social; al mismo tiempo es víctima de esa fama, ya que provoca

más interés de las clases trabajadoras que lo secuestran para ser exhibido como monstruo. La nueva burguesía y aristocracia del Reino Unido también lo hacen lo suyo, lo visten como ellos, se sientan en la misma mesa, visita el teatro, pero no deja de ser un espectáculo para las buenas conciencias que no dejan de verlo con sorpresa y lástima.

Bajo este escenario, David Lynch boceta una de las críticas fundamentales. El morbo ante el caso de John Merrick trasciende clases sociales y sus niveles culturales. Todos son parte del entramado y esa moral es lo verdaderamente monstruoso: “Lo monstruoso es el tremendo atentado contra la dignidad humana, con una persona de culto refinado, pero con una enorme malformación que lo convierte en animal a ojos de los demás y le roba su conciencia y dignidad humana.” (Méndez 73)

Ante la presencia del otro, del “extraño”, hay una postura de exhibir, de tratar como “monstruo” a lo que no se asemeja a las regularidades estéticas y morales de una época. El propio Dr. Treves se da cuenta de lo que de manera indirecta provocó al rescatar a Merrick que en ningún momento deja de ser el centro de la exhibición en una sociedad que se encaminaba a construirse como un espectáculo perpetuo como la que padecemos en el presente.

Referencias

- Arriaga Benítez, Juan Manuel. (2025). Análisis exegético de la éctfrasis catedralicia en el hombre elefante (1980): metapoesis ovidiana en el cine de David Lynch. *Latente Revista de Historia y Estética audiovisual*. 281-299
- Lynch, D. (Director), (1980). *El hombre elefante (The Elephant Man)* [Película]. Paramount Pictures.
- Méndez, Óscar. (2020). La dignidad humana, un enfoque desde el cine. *Almogaren*. (66) (71-83)